

PATRICIO ESTELLÉ MÉNDEZ

Sergio Villalobos

*Al cumplirse veinticinco años de la prematura muerte del distinguido historiador **Patricio Estellé Méndez**, queremos rendirle, con emocionada gratitud y profundo afecto, un homenaje a su memoria. Para este fin, su ex alumno y dilecto amigo, el editor de **Temas de Derecho**, profesor Víctor Mukarker Ovalle, consideró que lo más apropiado era acudir a la selecta pluma de **don Sergio Villalobos Rivera, Premio Nacional de Historia 1994**, quien generosamente lo autorizó para transcribir en estas páginas la hermosa semblanza escrita por él y publicada originalmente en la revista *Historia*, del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, tomo 12, 1974-1975.*

Como tantos otros alumnos, llegó un día al Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Egresado del Liceo Manuel de Salas, durante un año había estudiado Derecho, sin encontrar en aquella disciplina árida y formalista la riqueza de la vida que su espíritu sensible buscaba desde tempranos años.

En el Departamento de Historia debió ingresar necesariamente a los cursos de la Cátedra de Historia de Chile del profesor Guillermo Feliú Cruz, donde a la sazón iniciábamos el ascenso de los primeros escalones de la carrera universitaria. Desde entonces y hasta sus últimos días, mantuvimos un diálogo permanente y una amistad inalterable que nos permitió apreciar, en los asuntos triviales y en los trascendentes, la bondad de su alma y la finura de su mente.

El contacto con la Cátedra de Historia de Chile, proverbial por su rigor académico, fue para él un despertar sorprendido frente al pasado

nacional. Ahí estaban los primeros documentos, las viejas crónicas y las obras eruditas de los historiadores, hablando de un mundo perdido que la razón y la emoción trataban de penetrar. Su espíritu quedó cogido y en adelante hubo un rumbo seguro, que los avatares de la vida no lograron torcer.

La admiración por los historiadores nacionales tomó dimensiones profundas. El esfuerzo gigantesco de Diego Barros Arana y la erudición de José Toribio Medina, fueron ejemplos sólidos que quedaron grabados en su espíritu. Muchos años más tarde, cuando había recorrido otros senderos, al formularle una duda sobre el valor y la orientación de aquella historiografía, reaccionaría sorprendido, como si ello estuviese fuera de cualquier discusión.

Los trabajos de la Cátedra de Historia de Chile dieron motivo a la creación del Seminario de Historia de Chile, pequeño organismo académico que nos correspondió formar por aquel tiempo. Patricio Estellé se incorporó a él, primero como alumno y luego en calidad de ayudante, entregando todo el esfuerzo y entusiasmo que una tarea novedosa y llena de posibilidades podía inspirar. Fue una época de proyectos e ilusiones. Se formó una biblioteca importante, se hicieron algunas publicaciones y se dio impulso a nuevas investigaciones, todo hecho casi exclusivamente por el entusiasmo. Época de arduos trabajos, de intenso aprendizaje, de ayudantías ad honorem o con remuneraciones simbólicas, que sólo fuertes vocaciones podían sobrellevar. Eso era una buena garantía y desde entonces quedaba asegurado que una nueva individualidad comenzaba su marcha.

Los trabajos del Seminario de Historia de Chile fueron efímeros. Una suerte adversa e injusta acabó con la institución cuando sus frutos maduraban.

Nuevos horizontes, nuevas tareas llevaron a Patricio Estellé por otros rumbos. Una invitación le permitió en 1962 viajar a los Estados Unidos para dar clases de Castellano y de Historia Latinoamericana en la Universidad de Nueva York, en la sede de Schenectady primero y luego en la de Buffalo. Las clases, los libros y algunos atisbos de investigación ocuparon su tiempo en un ambiente extraño, a veces desagradable, a veces estimulante, pero que siempre le ofrecía experiencias interesantes. Por entonces nos escribía en amable carta, "mis relaciones con los profesores del Departamento han sido bastante buenas y en todo momento he encontrado deferencia... En mi vida privada la baraja es más difícil ya que parece ser regla general del país masticar un poco de soledad; la vida social está reflejada por un estricto horario, imposible de contravenir y tú ya has tenido contacto con ella. Por lo demás el clima aplasta y desde hace

mucho no vemos el sol; el termómetro baja más allá de los cero grados en este casi perenne paisaje blanco”.

Los contratiempos y la nostalgia se matizaban con el encuentro de personas interesantes, los espectáculos artísticos, las tiendas de anticuarios y los tesoros de arte de la National Gallery, la Mellon Collection, la Frick Collection y tantas otras que llenaban su pupila con la luz y el color de otros tiempos.

Observador atento de la vida, al regresar de un cursillo dado en California, nos escribía: “tuve la peregrina idea de atravesar el país en bus, deteniéndome en los lugares que me parecieron de interés. La experiencia fue algo increíble, pues me puso en contacto con tan variados paisajes geográficos y humanos, como nunca lo hubiese creído; desde fríos polares a desiertos, de indios y negros a descendientes de vikingos. Un mes casi de gitano, moviéndome en una extensión de más de tres mil millas”.

Durante su permanencia en los Estados Unidos logró combinar el trabajo de sus cursos con estudios especiales que le condujeron al grado de *Master Of Arts*. Con ese título y al cabo de tres años, regresó a Chile.

En el país no encontró aún la tranquilidad de espíritu ni la seguridad para su carrera universitaria. La Cátedra de Historia de Chile del Instituto Pedagógico pasaba por malos momentos y no pudo ofrecerle la situación que merecía. Con el futuro cerrado y mucha desesperanza en su alma, se alejó nuevamente, buscando en otras tierras trabajos y oportunidades que le distrajesen.

La inquietud que le guiaba era, por otra parte, una fuerza que le impulsaba a recorrer paisajes y ambientes. En las diversas andanzas de su vida visitaría Paraguay, Argentina, Brasil, Ecuador, Puerto Rico, México, Perú, Francia, Holanda, Italia y España, sin contar su larga permanencia en los Estados Unidos y otra en Inglaterra.

Esta vez su ausencia fue breve. De regreso en Chile, al fin pudo encontrar una situación estable y dar curso a algunas investigaciones, además de obtener su título de Profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica. Asumió en la Cátedra de Historia de Chile del Instituto Pedagógico el cargo profesor auxiliar y se incorporó igualmente al Instituto de Historia de la Universidad Católica.

Por aquel entonces se produjo su acercamiento al profesor Jaime Eyzaguirre, a quien debería unirle la profundidad de una misma fe y el sentir la vida como una misión pasajera.

La visión histórica del gran maestro, brillante y sugestiva, debía seducir su espíritu profundamente idealista. La consideración del hispanismo y la valorización de la época colonial concordaban con su íntima filosofía; aunque jamás cerró su mente a otras tendencias interpretativas, porque las enseñanzas recibidas en los primeros tiempos, como ya lo hemos dicho, habían arraigado profundamente en su pensamiento.

Cientos de veces reanudamos el diálogo sobre nuestros viejos temas, confrontando hechos, barajando hipótesis y avanzando posibilidades. Cada hecho de la vida colonial -hispanica para él- y la gran encrucijada de la Emancipación, fueron vistos y revistos, extremando la interpretación entre bromas e ironías. Pero por sobre todo, era claro que en su visión histórica se iba produciendo una síntesis en que la objetividad debía primar.

De aquellos años datan sus primeras publicaciones, resultado de sus investigaciones. En el número 1 de la revista *Estudios de historia de las Instituciones políticas y sociales*, fundada por Jaime Eyzaguirre, dio a luz un extenso trabajo titulado *La controversia chileno - norteamericana de 1891 - 1892*, que recogió las búsquedas realizadas durante su estancia en los Estados Unidos, y que es su mejor publicación.

En el número 2 de aquella misma revista publicó *El debate de 1865 sobre la libertad de cultos y de conciencia*, destinado a analizar la génesis y las proyecciones de la ley interpretativa del artículo 5° de la Constitución de 1833.

La revista *Historia* del Instituto de Historia de la Universidad Católica también recibió su colaboración. En el número 7 apareció *La ciudad de los Césares: orígenes y evolución de una leyenda*, elaborado en colaboración con Ricardo Couyoumdjian y en el número 9 *El Club de la Reforma de 1868 - 1871*.

Algunos de estos trabajos fueron realizados dentro de la cátedra del profesor Eyzaguirre en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, a la que se había incorporado como profesor. Eran el resultado de una mayor tranquilidad y de un trabajo entusiasta.

Sin embargo, parecía que una rara fatalidad perseguía a Patricio Estellé. Desaparecido Eyzaguirre el año 1968, el trabajo de la cátedra

se convirtió en una rutina carente de perspectiva y agravada por la incertidumbre de los sinsabores de la reforma universitaria. Solamente el Instituto de Historia de la Universidad Católica era campo fructífero para la investigación y la enseñanza.

Una vez más buscó en el extranjero nuevas perspectivas, obteniendo una beca del British Council para realizar investigaciones bajo la tuición del Institute of Latin American Studies de la Universidad de Londres. Sus propósitos fueron realizar búsquedas intensas en los archivos británicos para elaborar un libro fundamental que a esas alturas de su vida consagrara su condición de investigador. El tema elegido fue el comercio entre Chile e Inglaterra desde los años de la Independencia hasta la década de 1830, que muchas veces habíamos debatido como la continuación natural de las investigaciones que personalmente habíamos realizado respecto del comercio colonial. A su juicio, el movimiento mercantil con el extranjero había quedado estructurado en la época colonial, se había desorganizado durante la Emancipación y una vez obtenida la independencia se había reanudado e intensificado. Con esa hipótesis básica se sumiría en los archivos británicos.

La estancia en Inglaterra, en 1972 y 1973, fue un vivir alucinado, en que se mezclaron el trabajo intenso y los hallazgos más sorprendentes, con la nostalgia y amargura del país que se hundía en la catástrofe. Desde las 9 de la mañana y hasta las 5 de la tarde hurgaba cientos de papeles ya en el Foreign Office, el Public Record Office, el British Museum, el Guildhall, el Maritime Museum of Greenwich y diversas colecciones privadas, agotando la vista y secundado laboriosamente por su esposa, Mercedes Gaju.

“En mis investigaciones -nos escribía por aquellos días- he seguido acumulando materiales. Lo que tengo ya es enorme y creo que no sólo podré escribir sobre las relaciones económicas anglo - chilenas en la época de la Independencia, sino también un pequeño libro sobre la minería en el Norte Chico entre 1820 y 1830. También tengo material para varios artículos, como asimismo epistolarios de O’Higgins, Prieto y Portales, muy interesantes.

“Mercedes ha sido una ayuda de primera; con paciencia benedictina me ha copiado cerros de papeles, que de otra manera no habría podido obtener. No sabes los deseos que tengo de comentarlos y verlos contigo. Creo que tendremos unas buenas sesiones de trabajo.

“En mi tema propiamente, estoy en este momento revisando la prensa en Colindale. Esta es muy rica, enorme y difícil de pesquisar.

Para la época hay por lo menos seis periódicos importantes, siempre con noticias, y cuatro revistas. Su revisión me ha tomado largo tiempo y prácticamente me he vuelto corto de vista. Pero como bien te imaginas, son pelos de la cola. Alterno a veces esta tarea con la revisión del archivo de Gibbs que tiene libros de contabilidad de su casa en Valparaíso desde 1826. Mucho me gustaría entender más en números pues a cada rato me surgen lagunas y preguntas. Pero en esto vivimos con toda la excitación de trabajar y de hacer algo, que es harto gratificante.

“Nuestra vida, por lo demás, tranquila”.

Las investigaciones se complementaban también con la interminable visita a las galerías de pintura, la National Gallery, la Tate Collection, el Victoria and Albert Museum, los negocios de anticuarios y las librerías de viejo. También los conciertos, el teatro y el ballet, ofrecidos por el Covent Garden, el Sadler’s Well, el Royal Albert Hall y el festival de Edimburgo, le ofrecían casi a diario las variadas gamas del arte.

Concluida la permanencia en Inglaterra, viajó por Europa y antes de regresar a Chile ofreció un cursillo en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

Una vez en Chile debió sentir al fin que la seguridad y la madurez rodeaban su vida. Con una sólida situación universitaria, una investigación importante entre manos y disfrutando del ambiente grato de su hogar, todo parecía facilitarse en adelante.

A mayor abundamiento, por entonces se le designó Conservador del Archivo Nacional, cargo que no solicitó ni deseaba, pero que una vez aceptado desempeñó con entusiasmo. Un aire cálido de renovación corrió entonces por las frías salas del Archivo Nacional. Procuró mejorar la preparación del personal mediante conferencias y estímulos para diversas labores. Inició la catalogación de algunas colecciones y sacando recursos de la nada logró preservar los documentos capitales. Esta fue para él una preocupación constante. ¡Con cuanto orgullo mostraba a quienes le visitaban la magnífica cajuela de cuero que dispuso para guardar el Libro Becerro del Cabildo de Santiago!

No contento con la vida interna del Archivo, procuró sacar a conocimiento público los tesoros que encerraba y organizó al efecto una exposición que unió al despliegue de nuestros documentos el marco de numerosos objetos de época del más refinado gusto. La exposición titulada *Cuatrocientos años de Historia de Chile en el*

Archivo Nacional fue una revelación para el público y las autoridades. Por primera vez se podían contemplar los testimonios del pasado y una institución desconocida llegó a ser tema de actualidad.

Más adelante le correspondió organizar en la Biblioteca Nacional la exposición *España y sus siglos de oro* con profusión de libros y documentos que entroncaban la historia de la madre patria con la nuestra. El éxito también fue rotundo; pero en ambos casos, Patricio Estellé, modesto y bondadoso, a la hora de los homenajes se situó en un segundo plano, mientras los figurones oficiales desarrollaban su oratoria hueca y ampulosa.

La realización de las exposiciones fue representativa de otra faceta de la personalidad suya: el cariño por las cosas del pasado, las “antiguallas” de toda índole. Documentos, libros, grabados, pinturas, imágenes, adornos e instrumentos, le deslumbraban, era como encontrar la huella íntima de la Historia. En buscas y rebuscas por viejas casas, tiendas de anticuarios y desvanes, logró hacerse de innumerables objetos, que incluían valiosos cuadros y tallas coloniales. Su hogar llegó a ser una especie de museo amable, donde el barroco de mil figuras y la apretujada policromía eran difícilmente contenidos por el orden; aunque el buen gusto siempre quedaba a salvo.

Su conocimiento del arte le permitió publicar en el último tiempo la *Imaginería colonial*, obrita de divulgación hecha con cariño, que con sus reproducciones a todo color da una idea justa de un aspecto escasamente conocido de los siglos coloniales.

Desde su regreso de Inglaterra trabajaba afanosamente en nuevas publicaciones, poniendo en orden sus papeles y redactando con prisa. Tuvimos entonces el gusto de ver la aparición del tomo número 1 de la breve *Historia de Chile*, que tantas veces discutiésemos y analizásemos y que era un viejo proyecto aplazado por mucho tiempo. Aquel tomito era parte de un conjunto de cuatro, hecho en colaboración con Osvaldo Silva, Fernando Silva Vargas y el que escribe. A Patricio Estellé le correspondió la Conquista y luego, en el tomo 2, que alcanzó a conocer en pruebas, la Colonia, que trabajamos de común acuerdo, correspondiéndole a él, según sus preferencias, los temas relativos al Estado, la Iglesia, la cultura y el arte.

Esta colaboración, la última que tuvimos, fue satisfactoria para él. A su juicio, se había logrado un trabajo equilibrado y bien encadenado, en que cada parte guardaba armonía con el resto. También es una satisfacción reconocer que en su visión histórica tendían a unirse el

idealismo con la consideración de los grandes procesos económicos y sociales, que parecían interesarle cada vez más por su gran importancia en el acontecer histórico.

Aquella fue su última publicación en vida. Proseguía otros trabajos cuando una dolencia, agravada sorpresivamente, puso fin a su existencia el 16 de abril de 1975.

Así concluyó, a los treinta y ocho años de edad, una vida que transcurrió laboriosamente, en medio de tantos altibajos. El giro inesperado de las cosas la interrumpió cuando había tantas esperanzas por delante.

Más allá de la vida académica, la existencia de Patricio Estellé dejó un rastro de bondad y sinceridad que nada pudo torcer. Recorrió estos senderos con su andar despreocupado y la sonrisa fácil sin levantar enemigos en ninguna parte.

Su vida fue la mejor de sus obras.